

## DISCURSO

## LA SEGUNDA EDAD DE LA IGLESIA.

La historia del establecimiento de la Iglesia y de sus primeros progresos, ha debido convencer de su origen divino á todo hombre recto y amante de la verdad. En efecto, procediendo con esta rectitud y amor al bien, es imposible, á no ser que se sofocuen todos los sentimientos que dicta la equidad, dejar de rendirse á las vivas impresiones de la luz que despidió constantemente la Iglesia en todo el discurso de su primera edad. El campo que acabamos de recorrer, no es sin duda alguna tan ventajoso; á un día tan brillante no podian menos de seguirse dias nebulosos. Se necesitaban sombras en este cuadro magnífico; pero están dispuestas por una mano infinitamente sabia, y lejos de confundir sus rasgos magestuosos, contribuirán á hacer que resalten mas y mas.

Algunos sectarios, á quienes no se puede negar el título de sabios, pero que tenían mucho mas artificio que doctrina, han dado á esta segunda edad el nombre de *edad de ignorancia*; pero tenían designios é intereses, que debian sin duda impedir á los ortodoxos adoptar este nuevo lenguaje. Sin embargo, no nos quejaremos de esta denominacion que tiene cerca de tres siglos de antigüedad; porque ¿qué importa la espression, con tal que se comprenda su verdadero sentido? No tendremos dificultad en confesar que la luz no fué tan resplandiente en los cinco siglos que hemos recorrido ahora, como en los seis anteriores; y en este sentido comparativo dése enhorabuena si se quiere el nombre de siglos de

ignorancia al décimo é inmediatos. Pero persuadirse que en esta larga série de años ó en un solo momento de la duracion de la Iglesia se haya apagado enteramente la lámpara del santuario, es suponer un rompimiento total de la alianza del Señor con su pueblo, y destruir toda la economía de la Religion.

Aquí es donde importa sobre todo añadir á la relacion de los hechos algunas observaciones que muestren en ellos la obra del Altísimo. Las que hemos hecho sobre los seis primeros siglos han manifestado la divinidad de la Religion ó de la Iglesia en su establecimiento. Reconozcámosla pues igualmente en su conservacion contra los peligros de la segunda edad, esto es, contra las tinieblas de la ignorancia que fueron en ella mas densas que en los tiempos que la precedieron y siguieron. Como quiera que sea, y á pesar de cuanto se haya dicho, son incontestables las proposiciones siguientes, cuya sencilla esposicion formará toda la materia de este discurso:

La ignorancia real ó supuesta de la segunda edad de la Iglesia, no tiene nada que deba escandalizarnos, ni aun sorprendernos.

En realidad no fué, ni con mucho, tal como la pintan los últimos sectarios.

Por grande que se la suponga, suministró la Providencia preservativos superabundantes contra este género de peligros.

Cuanto mayor haya sido, tanto mayor debe parecer el milagro de la conservacion de la Iglesia.

En efecto, la ignorancia de los tiempos, cuya historia acabamos de presentar, no es una piedra de escándalo capaz de hacer que tropecemos, por poca que sea nuestra circunspeccion. Al contrario, en medio de estas sombras despide la obra de Dios un resplandor mas brillante, asi como la fuerza comunicada á la Iglesia desde lo alto en su nacimiento se manifestó sobre todo en las persecuciones y en los esfuerzos del mundo y del infierno conjurados para acabar con ella en su cuna. Los bárbaros, primeros autores de esta segunda prueba, destruyeron el capitolio, rompieron el cetro de los Césares, allanaron hasta los orgullosos montes que la soberbia Roma se gloriaba de encerrar en su recinto, la sepultaron debajo de nuevos montes de cenizas y de ruinas, y trastornaron el universo entero; pero la Iglesia, cual baluarte inespugnable y como una roca inmóvil, vió á estas olas embravecidas irse á estrellar á sus pies, bramar todavía algun tiempo furiosas porque no podian derribarla, y suceder por último la calma á su ardoroso pero inútil impetu. Los sucesores de Augusto y de Trajano fueron el juguete de los nuevos dominadores; pero los leones, convirtiéndose en ovejas dóciles, se pusieron bajo el cayado de Pedro y de los sucesores pacíficos del divino Pastor.

Es verdad que conservaron algunos restos de su ferocidad natural. El Señor habia venido á reparar la naturaleza y no á destruirla; á enderezar con prudente mano las inclinaciones naturales, y no á romperlas, tratándolas con demasiada violencia ó precipitacion: porque al fin el Criador, después de haber sacado de la nada á los varios seres del universo, vió y dijo que todos ellos eran buenos. Sabe conciliar el orden de la naturaleza con el de la gracia; y para ingerir el olivo en el acebuche, debió conservar á este la existencia, y aun dejarle adquirir el incremento conveniente. Sin embargo, no podian entrar en la Iglesia tantas personas silvestres, por decirlo asi, sin hacer que mudase de semblante, ni podian tampoco confundirse tantos hijos de tinieblas con los hijos de la luz, sin amortiguar por algun tiempo su esplendor. Unos hombres reducidos por un largo hábito á la vida animal, debian comunicar necesariamente

la falta de inteligencia, la estúpida ignorancia, la groseria y la barbarie á la sociedad en cuyo seno entraban en tan crecido número.

Asi es que en la época de esta mezcla, á fines de la primera edad, habia experimentado ya una especie de descrédito la cultura de las letras y el amor del estudio. Los bárbaros, inmediatamente después de los primeros triunfos de sus armas, miraron á las bellas artes como la herencia esclusiva y vergonzosa de las naciones afeminadas que acababan de subyugar, y á las cuales trataban con el desprecio propio de un vencedor que debe sus laureles á la fuerza de su brazo. De aquí resultó aquella gloria estraña y casi increíble con que se figuraban honrarse haciendo que los llamasen bárbaros: nombre ofensivo para nosotros, pero lisonjero y honorífico para ellos, en cuanto era opuesto al de los romanos, hombres degradados en su concepto, á quienes dejaban los trabajos pacíficos de las leyes y de las letras.

Como las costumbres del pueblo dominante vienen á ser tarde ó temprano la regla de los pueblos subyugados, estas ocupaciones pacíficas fueron perdiendo insensiblemente su atractivo para los antiguos súbditos de Roma en la mayor parte de los estados y condiciones, y no tardaron en verse relegadas á la oscuridad del santuario y del claustro. Entretanto, ó á lo menos en el siglo sétimo, se vieron ya algunos bárbaros que humanizados, y aun dóciles á las dulces impresiones de la piedad, abrazaban la profesion clerical, como ha podido observarse con solo parar la atencion en los nombres, tan fáciles de distinguir de los romanos ó latinos.

A su nuevo estado llevaron parte de los usos y costumbres á que estaban habitados. Como las regiones en que habian nacido y sido educados no tenían otra ocupacion que la caza y la guerra, y ellos carecian de toda idea de respetos y atenciones sociales, se contentaban con abstenerse, luego que entraban en el estado eclesiástico, de las cosas que eran malas por su naturaleza, y continuaban siendo cazadores y guerreros. Esta es la razon de que antes del segundo concilio de Chalons de Saona, celebrado en el año 643 ó 644, no veamos cánones que prohiban á los clérigos la caza



el ejercicio de las armas, porque no existiendo antes el abuso, hubieran sido superfluas las prohibiciones. Las que se publicaron con tanta frecuencia poco tiempo después prueban la rapidez con que prevaleció en esta materia la relajación causada por las costumbres bárbaras.

El espíritu militar, que en cierto modo era consiguiente á la naturaleza del gobierno, fué todavía mas contagioso en el clero. No solo se fundaba este espíritu en la antigua costumbre y en la estimación casi única que de él se hacia, sino que los títulos y las posesiones que los primeros reyes de Francia dieron á los eclesiásticos, les impusieron en cierto modo la necesidad de dedicarse al ejercicio de las armas. Desde el principio de la primera línea ó raza hasta la mitad de la tercera no se sostenía la guerra sino por medio de los vasallos á quienes los príncipes habian concedido las tierras ó posesiones, cuyos títulos tomaban, con el gravámen del servicio militar; y los prelados fueron desde el siglo VI los que tuvieron la mayor y mejor parte en este género de gratificaciones tan halagüeñas. Por consecuencia cada uno de ellos estaba obligado á suministrar tantos caballos y tantos hombres, que debia capitanear él mismo cuando se le mandaba. Aun durante la paz mas profunda y en el régimen ordinario del Estado, tomaban parte los obispos en el gobierno político, asistían á las asambleas generales de la nación, y tenían entrada en los consejos del soberano, donde como mas instruidos que los señores legos, eran tambien mas deseados. ¡Cuántos motivos de distracción, y cuántos obstáculos para el estudio, especialmente en un tiempo en que el monarca estaba casi siempre empleado en expediciones militares, y en que la corte y los parlamentos no tenían residencia fija! Ya hemos visto al mismo Carlo-Magno tan pronto en Aquisgran, como en los Pirineos, hoy en el centro de Sajonia, y al cabo de algunas semanas en Roma ó en Pavia. ¿Será de extrañar que en unas circunstancias y con unas costumbres tan contrarias á los progresos de las artes, experimentasen estas una rápida decadencia? ¿No deberá antes bien causarnos mas admiración que no padeciesen todas las ciencias un naufragio eter-

no? ¿Podremos menos de reconocer la obra de la Providencia en la conservación de las ciencias y de los talentos que eran precisamente necesarios para transmitirnos en toda su integridad la verdad de la salvación? Luego está muy distante de ofrecer ningún motivo para escandalizarnos la ignorancia real ó supuesta de la segunda edad de la Iglesia.

Para disipar todos nuestros recelos, examinemos ese desorden en todas sus consecuencias, y veamos si fué efectivamente como le han representado los enemigos de la Iglesia, y en particular los últimos sectarios. Yo pretendo por el contrario, en primer lugar que esta ignorancia no fué en ningún tiempo tan gruesa como ellos afectan creerlo; en segundo, que aun fué mucho menos perniciosa; y en tercero, que por mas peligrosa y monstruosa que se la suponga, el cielo ofreció á la Iglesia preservativos superabundantes contra este peligro.

Si el comun de los hombres estuviese dotado de circunspección, equidad é imparcialidad, la lengua del detractor serviría solamente para desacreditarle con el público; pero este, que al principio es equitativo, suele dejarse luego seducir por la perseverancia del detractor y la seducción va apoderándose poco á poco del espíritu ligero é inconsecuente de lo que se llama pueblo, en cuya denominación se comprende casi todo el género humano. En vista de la multitud de excesos que cometieron contra su patria y contra la Religión de sus padres los dignos discípulos de un fraile y de un clérigo apóstatas, era necesario precaverse contra sus imputaciones, no menos que contra sus atrocidades y sacrilegios, y sin embargo esta es la época y el origen de la revolución casi universal causada en las ideas de los europeos con respecto á los Padres de los cuatro ó cinco siglos que forman la segunda edad de la Iglesia, y principalmente del siglo décimo. Aquellos doctores de iniquidad, y muchas veces de ineptia, prevalecieron con su audacia y entusiasmo, y con la continuación obstinada y la repetición eterna de un neologismo que fué ininteligible por espacio de mucho tiempo, lograron alterar el lenguaje comun; de modo, que no solo el siglo décimo, sino tambien los inmediatos á

él, y los siglos de ignorancia son en el día palabras sinónimas. Pero no hagamos caso de los términos, y tratemos de asegurar lo que se ha pretendido significar con ellos, convenciéndonos de que en aquellos tiempos excesivamente calumniados y muy poco conocidos, la ciencia, que sin duda alguna era menos comun que en algunos otros, no llegó á degenerar de tal manera que cayese en el estado de ignorancia que han imaginado unos dogmatizadores interesados en acreditar esta paradoja. Hijos legítimos de Jesucristo y de su Iglesia, y depositarios privilegiados de los divinos oráculos, sepámos á lo menos preservarnos de una ilusión que toda ella es obra del artificio de los hereges, y que ha seducido por mucho tiempo á nuestros hermanos.

Si Grocio y otros muchos sábios, imbuidos en los mismos principios, quisieron adquirir nombradía con opiniones y métodos singulares; si desecharon las pruebas que parecieron concluyentes á los Belarminos, á los Petavios, á los Bossuet, y á tantos otros doctores de esta clase; en una palabra, á todos los hombres de talento á quienes estos nuevos maestros no llevaban otra ventaja que su gusto por cosas extraordinarias; y si segun las expresiones del grande obispo de Meaux (1), ostentan siempre una erudición judaica, y prefieren los supuestos descubrimientos del rabinismo á los testimonios constantes de los Padres, tenían en esto unas intenciones y un interés que hacían en cierto modo consecuente su conducta; pero no sucede esto con un gran número de ortodoxos preocupados, que se han determinado á imitarlos por un efecto de su frivolidad. Vemos ya en el siglo quinto que San Celestino Papa se quejaba (2) de semejantes escritores novelescos, que solo atendían á presentar alguna novedad en sus producciones, y pensaban acreditarse de hombres sagaces y astutos cuando únicamente engañaban al vulgo estúpido. Si hubo espíritus vanos que merecieron esta acusación en el siglo mas luminoso de la Iglesia, ¿cuántos no deberán hallarse en el siglo del refinamiento y de la presunción? Dejémoslos

que se pierdan en las fuentes inficionadas en que gustan de beber: que tengan una confianza ilimitada en los escritos de los enemigos declarados de la Iglesia, y que elogien excesivamente esos montones indigestos de notas, glosas é injurias, que son en su concepto unas disertaciones admirables, y esos repertorios de aseveraciones atrevidas y de paradojas, de los que muchos de ellos no han leído mas que los títulos y prólogos: nosotros con los hechos y con las consecuencias muy sencillas que de ellos inmediatamente resultan, y no con alambicados razonamientos, pretendemos dar á conocer el verdadero estado de los conocimientos humanos en los cinco siglos que se siguieron á los seis primeros.

Pero en esta larga duración de quinientos años, ¿cuántas supresiones de ellos hay que hacer desde luego en una época tan exagerada de barbarie é ignorancia? En la naturaleza todo está enlazado entre sí, y lejos de estar separadas con rasgos indivisibles y manifiestos las estrechidades respectivas de dos objetos inmediatos, tienen siempre un colorido comun que parece las confunde. La marcha del entendimiento humano y de las costumbres es mas imperceptible que la de los objetos que están bajo la jurisdicción de los sentidos. Así hemos advertido ya que el estado de las ciencias y del entendimiento humano en el siglo sétimo, fué casi el mismo que en el sexto. Discurriría muy mal cualquiera que dedujese contrarias circunstancias de la carta excesivamente modesta que escribió el Papa Agatón con motivo del sexto Concilio: monumento muy mal presentado por una mano ordinariamente mas hábil. Se nos pinta á todos los sacerdotes y obispos de Italia como unos miserables jornaleros, que apenas podían ganar el pan de cada día con su trabajo mecánico, y que por consiguiente estaban muy lejos de tener el tiempo necesario para dedicarse al estudio de las ciencias propias de su estado. Pero ¿quién será el que no descubra aquí, ó el exceso de la humildad del virtuoso Agatón, ó la hinchazón del estilo y las hipérboles que con tanto aplauso se recibían en su tiempo, y mucho mas el deseo de interesar con mayor empeño al emperador en la tranquilidad de Italia y de

(1) Boss. C. Dupin, pag. 608.

(2) Epist. ad Nest.



la Iglesia romana, á la que tanto daban ya que hacer sus enemigos domésticos? Basta la misma carta del Pontífice para que así á él como á su clero los consideremos exentos de toda sospecha de ignorancia en las materias eclesiásticas. En efecto, se encuentra en ella toda la erudicion que convenia á las circunstancias, los pasajes mas concluyentes de los Padres griegos y latinos, á saber, los de los griegos en su original, y los de los latinos traducidos al griego; una aplicacion muy exacta de estos pasajes, su oposicion á los principios impíos de los novadores, y la conformidad de estos con la doctrina de los antiguos herejes. En la conducta de los siete legados que enviaba el Papa al sexto Concilio se advierte la misma erudicion, y aun una crítica fina y asombrosa con respecto á la cronología y á la diversidad de las ediciones, una dialéctica exacta y segura, y mucha sagacidad en hacerse cargo de las diversas relaciones de las proposiciones mas especiosas, y en descubrir los errores ocultos con el mayor artificio. Así se vé que aun por el lugar mas desfavorable al siglo sétimo nos convencemos de que las tinieblas de la barbarie no habian eclipsado en él la antorcha del santuario.

Bastan los primeros elementos de la historia para desvanecer esta frívola presuncion. Hemos observado ya que no fueron admitidos los hijos de los bárbaros en el número de los clérigos hasta el siglo sétimo, y que este fué el origen principal del espíritu de disipacion, de los gustos é inclinaciones que tanto hacian decaer á las ciencias y á los estudios. No subsistiendo, pues, la causa, no podia seguirse el efecto; y solo el tiempo podia producir por grados y de un modo poco perceptible la energía y actividad necesarias para mover á los varios sugetos segun sus disposiciones progresivas.

Por la misma razon el último de los siglos atribuidos á la edad de la ignorancia debia tener algunos caractéres comunes con el primero de la edad siguiente. Al siglo duodécimo se refiere la renovacion, á lo menos en bosquejo, de las ciencias y estudios; y en efecto, nunca se vió que el entendimiento humano tomase un vuelo mas rápido en el arte de pensar ó de discurrir.

Pues ahora bien: así como las mudanzas notables en el órden moral no se hacen jamás de repente, de la misma manera este entusiasmo por los ejercicios intelectuales no pudo ser tan vivo en el siglo duodécimo sin haber sido concebido y fomentado hasta cierto punto en el undécimo. La razon nos dicta que esta revolucion no debia ejecutarse de otro modo, y la historia nos enseña que así se verificó en efecto. La luz, concentrada casi toda desde muy antiguo en los claustros, y aumentada con un cultivo pacífico y continuo, hizo de repente aquella explosion que tanto admiró como ilustró al universo. Esta grande obra habia sido preparada desde el siglo VIII por Carlo-Magno, cuyo reinado brillante debe tambien escluirse de las tinieblas de la segunda edad, y con tanta mas razon, cuanto mayor y mas singular es el contraste que forma. La brillantez de este reinado se sostuvo, á lo menos en cuanto á las ciencias eclesiásticas, en el de Ludovico Pio, y aun mas en el de Carlos el Calvo, el cual protegió constantemente á los sabios, y aun hizo que se emprendiesen y ejecutasen con acierto las traducciones latinas de los Padres griegos. Aun fué mas resplandeciente la luz en las islas británicas durante el reinado del grande Alfredo. Pero veamos la prueba de ello en la serie de los sucesos.

La Iglesia de Oriente, menos espuesta que la de Occidente á los insultos y al tumulto de la barbarie, conservó mas tiempo las ciencias y las artes amantes del sosiego. Dejando á un lado los conocimientos que no tienen relacion con la fé, hemos hallado en el sexto Concilio, celebrado el año 680 contra los monotelitas, toda la profunda doctrina con que ciento treinta años antes por lo menos se habian condenado los errores de Eutiques y de Dióscoro, y aun se notó un grado mayor de penetracion cual se requeria contra unos sectarios mas sutiles, que por medio de algunas nuevas modificaciones lograban todavia propalar unos errores tan solemnemente anatematizados y hacer creer que eran la doctrina mas pura de la Iglesia. Pero el velo de la supercheria fué rasgado de antemano por dos doctores, cuyo destino no fué menos divino ni se cumplió menos fielmente que el de lo

Padres suscitados contra los primeros herejes.

Todos los artificios de Ciro y de Sergio, que estuvieron á punto de sorprender al Gefe mismo de la Iglesia, no fueron capaces de engañar á San Sofronio de Jerusalem, el cual resistió fuertemente á aquellos soberbios patriarcas de Alejandría y Constantinopla, cuyas intrigas y perfidia veia tan de cerca; descubrió al Papa Honorio los lazos que se le tendian bajo la apariencia del mayor bien, y preservó á los Pastores y á los pueblos con instrucciones dignas de los elogios y de la adhesion de un Concilio ecuménico. Ya hemos visto al santo abad Máximo distinguirse todavia con mayor brillantez por sus cualidades superiores, y hacer admirar la fuerza de su ingenio igualmente que el heroismo de su constancia. Pobre de Jesucristo, y destituido de todas las ventajas del siglo, de las cuales habia hecho un sacrificio religioso, abatió el orgullo de un gefe de partido, del pastor presuntuoso de la ciudad imperial, confundió al momento todas las sutilezas de su vana dialéctica, le redujo en una conferencia pública á la retractacion mas formal y mas ejemplar, y le persuadió que fuese á Roma á reparar el escándalo de su temeridad con una humilde sumision á la Cabeza de la Iglesia. No hizo mayor impresion en Máximo el poder de los soberanos de la tierra que el lustre exterior de la gerarquía. Su vida sucumbió de resultas de los bárbaros tratamientos de sus perseguidores, pues le arrancaron la lengua que tan poderosamente habia defendido la verdad, le cortaron la mano que la habia consignado en sus escritos inmortales, y acabaron con él en un destierro, privándole de los alivios que se le habian hecho indispensablemente necesarios; pero sus perseguidores mismos desconcertados anunciaron su propia derrota en el hecho de proscribirle, y conciliaron tanta mayor autoridad á sus obras cuanto mas se empeñaron en acabar con su autor.

En los siglos cuarto y quinto, en los siglos mas ponderados de la Iglesia, hubiera parecido que Máximo procedia por inspiracion divina, al ver el modo sublime con que espuso todas las profundidades del misterio de la Encarnacion, y espe-

cialmente las dos voluntades del Verbo humanado. Trató del dogma incomprendible de la Trinidad con la misma fuerza y con tanto acierto que esta obra fué atribuida al grande Atanasio; y ni aun se le ocultó la procesion del Espíritu Santo, tan difícil de entender para otros muchos sabios de su nacion. Aquel genio profundo y universal concibió la relacion esencial de este punto delicado de creencia con la union é inseparabilidad de sustancia entre las personas divinas. No se hizo menos célebre por el conocimiento de la moral; y en la ciencia de la vida interior, en la que unió con tanta edificacion la esperiencia á la teoría, mereció ser comparado con San Juan Climaco, que fué casi contemporáneo suyo, y cuya ilustracion podria reivindicar el siglo sétimo si de ello tuviese necesidad.

¿Pero cuántas otras personas ilustres hubo, cuya detenida enumeracion no permiten los estrechos límites de este discurso? Hasta en las abrasadas arenas de la Libia hemos visto que se inmortalizó el obispo Cresconio con la coleccion de cánones que forma la basa de la que han hecho modernamente Justo y Voel. En España, antes de la invasion de los moros, hemos visto que se distinguieron entre otros muchos sabios San Isidoro, y el arzobispo de Toledo San Ildefonso: Isidoro con una erudicion que abrazó casi todas las artes y ciencias, que nada dejó ignorar de cuanto hay que saber en la disciplina eclesiástica, y que le hizo tan célebre, especialmente en la ciencia de los divinos oficios, que toda la Hesperia se glorió de recibir de él la liturgia mozárabe; é Ildefonso con la union que acertó á establecer entre las bellas letras y la poesia con la teología sublime, cuyas profundidades puso á la vista explicando las maravillas de la virginidad de María y de las propiedades de las divinas Personas.

Las Galias, tan diferentes de lo que eran antes, desde el punto en que fueron sojuzgadas por los conquistadores germánicos, y aun mas desfiguradas por sus conexiones y frecuente trato con aquellas naciones bárbaras, no dejaron de presentar algunos vestigios preciosos de la ciencia, y aun de la elocuencia de sus primeros doctores, como se ha podido ver por los fragmentos que